...esperó que siguiera. En sus ... cuajaron unas lágrimas. El Judas las vió deslizarse por las mejillas de la muchacha, y su rostro se contrajo en un nuevo gesto de dolor.

—Llora usted por él —murmuró, y después de otra pausa más breve que la anterior, continuó—; pero yo tenía otra idea dentro de mi cabeza, la de ser quien la salvara a usted... Enrique y yo salimos de casa de Gonzalo y nos fuimos al hotel para terminar el asunto.

—¡No siga! —le interrumpió Clara.

—Yo necesito que usted sepa todo.

—¡No!

El Judas y la maestra miraron la puerta que daba al corredor, al oír ligeros golpes sobre la madera. Luego, hombre y mujer se miraron en silencio. Los golpes en la puerta se repitieron. Clara hizo un movimiento.

—Si me delata usted, me mato aquí mismo —amenazó el Judas.

Del otro lado de la puerta Flora movió la perilla, tratando de abrir.

El Judas y la maestra oyeron la voz de la directora llamando a Clara.

—¿Qué ¿Quién es? —preguntó Clara débilmente.

—Soy yo, Flora. ¿te ocurre algo, Clarita?

Los ojos del Judas, angustiados, estaban clavados en la muchacha.

—¡Contesta, Clara! —gritó la directora desde afuera.

—No me pasa nada, Florita —respondió la maestra.

—Me pareció que hablabas... ¿Estabas soñando? —insistió Flora.

—Sí... estaba soñando... pero no me pasa nada.

—Me habías asustado. ¿Quieres venirte a mi cuarto?

—No, gracias, Flora, estoy bien, se lo aseguro.

—Bueno, hija, entonces hasta mañana... llama si me necesitas.

—¡Sí, Flora, hasta mañana!

La maestra volvió a mirar al Judas.

—Gracias —murmuró él.

Esperaron un momento, tensos, escuchando. Todo era silencio, en la casa y en la calle. Parecía que estaba en paz, como si nada sucediera.

—Ya falta poco, señorita Clara —volvió a hablar el Judas—. Fuí con ese hombre a su cuarto. Cuando abrió su maleta le pedí que me diera a mí las cartas, y yo, a cambio de las cartas, hubiera hecho lo que él hubiera querido... y se lo hubiera cumplido. Pero él se negó, se rió de mí, a carcajadas, como todo el mundo... menos usted. Yo le rogué a aquel hombre, pero él seguía riéndose, entonces me arrojé sobre él.

—¡Dios mío! —Clara veía la escena como si sucediera ante sus ojos.

—No duró mucho la cosa —continuó el jorobado—, saqué el cuchillo... y él... con su risa se quedó tendido en el ...

Clara se sentía desfallecer. ... su cabeza y al mismo ... su bella cara descompuesta por la risa sarcástica y el jorobado que no entendía de justicia... furioso, atacando. Había visto el cuchillo de que hablara Judas, penetrar en el cuerpo del hombre joven, de aquel hombre a quien ella había querido. Pero seguramente eso había sido en una época muy lejana, por-



que Clara no podía recordar aquel sentimiento de amor. Había visto la cara de Enrique contraerse en un espasmo, y brotar la sangre de la herida donde penetró el cuchillo.

—¿Por qué hizo usted eso, Ismael? —ella misma oyó su voz como si no le perteneciera.

—Para darle sus cartas, señorita Clara. Busqué en la maleta ... do... he sido yo el que la ha salvado a usted.

Clara miraba al hombre, tratando de comprenderlo, de escudriñar aquella alma que se escondía en el horrible cuerpo contrahecho. El la seguía mirando a ella, con una extraña expresión.

—Sólo le pido una cosa, señorita Clara...

—¿Qué?

—Que me deje besarle la mano... solamente besarle la mano, y la voz de Judas se quebró.

Los labios de Clara temblaron. Sus ojos se volvieron a llenar de lágrimas.

—¡Ismael...!

El jorobado dió un paso hacia ... lana.

Sin poderlo evitar, sin saber a ciencia cierta por qué lo hacía, Clara tendió la mano al asesino.

Cuando la retiró había una gota cristalina sobre la piel de su mano. El Judas había dejado, con el beso, una lágrima.

El jorobado se levantó.

—Gracias —dijo, sin mirar ya a la muchacha—; después de ese beso, ya no me queda nada que hacer en el mundo. Adiós, señorita Clara.

La maestra ya no pudo contestar.

El Judas subió a la ventana, recortándose la silueta deforme sobre la claridad lunar. Un instante después había desaparecido. Casi al mismo tiempo se abrió la puerta de la recámara de Clara y entró Flora.

—¡Virgen Santa! ¡Qué rato he pasado! —exclamó corriendo hacia la maestra.

—¿Sabía usted?

—Por eso toqué la puerta hace un rato... estaba abierta, pero yo lo único que quería es que ese hombre se diera cuenta de que no estabas sola... temí enfurecerlo si entraba y que se llevara las cartas, pero...

El ruido de un disparo cortó...

(Sigue en la página 21)